



**REFLEXIONES ACERCA DE LAS
CONSECUENCIAS DE LA VIOLENCIA
ADULTOCÉNTRICA APLICADA SOBRE LA NIÑEZ
E INFANCIA DESDE UNA
PERSPECTIVA FILOSÓFICA**

Tesis para optar al Grado de Licenciado en Filosofía.

CRISTÓBAL EMILIO URETA VENEGAS

Profesora Guía: Isolda Núñez Candia

Santiago-Chile 2021

Quisiera dedicar esta tesis a mi familia,
lugar que me ha protegido de más de un desvarío.

A mis amigos y amigas
quienes son constante fuente de amor e inspiración.

Agradezco infinitamente el cariño que me han dado,
mi hogar siempre estará donde se encuentre cualquiera de ustedes.

“Mucho antes del mundo derrumbarse en ignorancia
el sabio le dará chance a la infancia”

Gustavo Pena “El príncipe”

Resumen

El ser humano es ciertamente un animal con una potencialidad sin precedentes. Esto queda en total evidencia a lo largo de la historia, donde solo con el uso de su capacidad racional ha logrado descubrir e inventar en más de una ocasión algo que modificó su historia para siempre: ciencia, tecnología, e ideas son algunas de las categorías donde nuestra especie ha podido desenvolverse y demostrar esta enorme capacidad de la que estamos hablando. Sin embargo, en este hacer constante, nos hemos encontrado en más de una ocasión con un ser humano dispuesto a pasar por encima de otros y otras para conseguir sus objetivos, sin escuchar ni entender otras razones más que las propias, cayendo en una de las dinámicas más antiguas que poseemos como humanidad: la violencia.

Aun cuando esta tesis no tenga la intención de definir estrictamente qué es la violencia, sino más bien indagar en sus motivaciones, efectos y en las distintas formas en que se manifiesta, intentaremos dar luces sobre este problema humano a fin de que podamos desarrollar el eje central de esta investigación, eje que tendrá por sujeto de estudio a la niñez y a la infancia, que tal como daremos cuenta, por un lado, no son el mismo fenómeno; y por otro, y como consecuencia del primer punto, las relaciones infancia-violencia y niñez-violencia también serán diferentes. Desde aquí es que a partir de la investigación realizada por Ariès (1986), encontraremos las bases que nos permitirán estudiar y entender cómo la violencia es ejercida sobre niños y niñas. De igual manera, se intentará profundizar en torno al concepto de infancia, entendida como una voluntad para presentarse al mundo que nos

acompaña toda la vida, y que trasciende al cuerpo y a la edad de los sujetos, aspectos que quedarían como características de la niñez (Kohan, 2015).

Comprendido esto, corresponde pensar sobre quién es el responsable de la violencia que se ejerce sobre la niñez y la infancia, encontrando en el trabajo de Duarte (2015) al adultocentrismo como principal causa y ejecutor, situación en la que el adulto basa su existencia en el imponer su voluntad sobre niños y niñas, así también como en la infancia, generando de este modo una red de relaciones asimétricas que mantienen la idea de que la niñez y la infancia son cosas inútiles, y que mientras antes sean superadas, es mucho mejor.

El fin de este trabajo es dar cuenta que el adultocentrismo se sostiene de creencias equivocadas, normalizando ideas y actitudes que transgreden a la niñez y a la infancia, con una clara intención de encontrar beneficios para un grupo específico de la población.

Contenido

Introducción	7
Capítulo Primero: Sobre la violencia	10
1.1 ¿Qué es la violencia?	10
1.2 La perspectiva de Arendt sobre cómo ha convivido el adulto contemporáneo el fenómeno de la violencia.....	19
1.3 La perspectiva de Arendt sobre cómo ha convivido el adulto contemporáneo el fenómeno de la violencia en relación a la guerra.....	26
Capítulo Segundo: Sobre la niñez y la infancia	33
2.1 Historia de la niñez.....	33
2.3 Reflexiones en torno al concepto de infancia	42
Capítulo Tercero: Sobre la violencia aplicada a la infancia como potencia vital	50
3.1 El adulto y su relación con la infancia.....	50
3.2 El adultocentrismo como expresión de violencia en la niñez	52
3.3 Adultocentrismo e infancia	55
Conclusiones	64
Bibliografía.....	69

Introducción

La historia de la humanidad, dentro de los muchos matices que esta posee, ha tenido que sortear un sinnúmero de dificultades que constantemente nos han puesto en jaque respecto a la manera que tenemos para convivir. Así, los grandes descubrimientos científicos que han ayudado de sobremanera a la especie humana han tenido que convivir con las constantes guerras, dictaduras y revoluciones que se dan en este pequeño planeta azul.

Bajo ese contexto la pregunta por si el ser humano es un animal que naturalmente tenderá a resolver sus problemas con violencia se hace especialmente válida, y es parte de este trabajo responder esa interrogante, pero como se verá a lo largo de esta investigación, la respuesta que podamos extraer de aquí solo será la puerta de entrada a nuevas inquietudes y preguntas que inevitablemente nos llevarán a constatar el siguiente hecho: la historia de la humanidad está profundamente influenciada por la voluntad de un tipo específico de ser humano, que basa su existencia en la negación y dominio de otros y otras. ¿Quiénes son? ¿Desde cuándo se ejerce esa dinámica de violencia y dominación sobre ellos o ellas? ¿Hasta qué punto llegan estas dinámicas? De forma preliminar, la respuesta a estas preguntas se encuentra en el hombre patriarcal, sujeto que considera como inferior todo aquello que no es como él, relegando a un segundo plano cualquier otra forma de pensar, de hacer, de vivir, y viéndose beneficiado por un sistema injusto que le favorece.

Ahora bien, en este punto nos terminamos encontrando con un primer conflicto: al ser tantos los grupos afectados por este sujeto, se dificulta el escoger entre ellos para analizar esta situación. La intención de escoger a la

niñez, etapa donde todas y todos nos entregamos al mundo y a lo que nos puede ofrecer, indefensos y expectantes ante a lo nuevo, no es algo azaroso: responde a que es un estado por el que todas las personas pasamos, y que, por lo mismo, existe una posibilidad considerable de que el tipo de violencia que se estudie en esta investigación, de un modo u otro, pueda verse reflejado en alguna vivencia propia.

Aunque ya sabemos que niñez e infancia son dos conceptos distintos, sí están estrechamente relacionados. De ahí la importancia de también revisar cómo la violencia ejercida por el adulto afecta a la infancia. Es así que se profundizará en cuanto a los distintos dispositivos con los cuales el adultocentrismo se logra imponer. En cuanto a niñez, la historia nos ha dejado una vergonzosa lista de casos en que niños y niñas se han visto sometidos a través de sus cuerpos: asesinatos deliberados, trabajos forzados, el uso como mercancía. En un escenario diferente, la violencia adultocéntrica tomará otros matices, aparentemente más sutiles, para terminar con la infancia: la constante negación de este fenómeno a raíz de su incompatibilidad con el sistema capitalista y la sociedad que promueve.

¿Podemos pensar un mundo donde la niñez y la infancia puedan vivir y expresarse de manera plena? Ciertamente es una tarea difícil, mas no imposible, pues como se podría suponer, desde la antigüedad hasta nuestros días muchas cosas han cambiado, y podemos encontrar efectivamente cierta intención de cambiar las cosas. No obstante, es importante entender que el estudio y problematización de la niñez e infancia son hechos relativamente recientes, por lo que aún queda mucho por hacer, y en ese sentido, esta tesis pretende ser un aporte para construir un mundo donde la convivencia se base

Comentado [IMNC(1): ¿pretende o no pretende?
Quedó esa "n" que no deja clara la frase

en el respeto mutuo y no en la negación de aquellos y aquellas que quedan a la deriva de una sociedad que no los favorece. Así, el vivir y pensar la infancia de otro modo hace que sea una actitud sumamente desafiante para con el modelo actual.

Capítulo Primero: Sobre la violencia

1.1 ¿Qué es la violencia?

Hablar de violencia es hablar necesariamente del ser humano, y pareciera que hablar del ser humano es hablar de la racionalidad que este posee, pues, a simple vista, esta racionalidad sería la que nos diferencia del resto de los animales. Así, la capacidad racional que poseemos supone muchas potencialidades, siendo una de las más características la facultad para no-guiarnos necesariamente por lo que nos dicta el instinto. Del mismo modo que podemos ver a una leona que posiblemente no razona ni problematiza lo que sucede cuando despedaza en cada bocado a su presa para poder alimentarse ella y a su familia, tampoco parece ser un problema para nosotros y nosotras cómo el resto de los animales se rigen meramente por su instinto. No creo que, en un ejemplo absurdo, sea muy productivo condenar a los pumas por matar para alimentarse, a los osos por matar focas, etc., el sin sentido que llevaría el realizar ese tipo de condena al reino animal es evidente. Para nosotros, lo que hacen los animales carnívoros es simplemente guiarse por lo que comúnmente llamamos “su naturaleza”.

De igual forma, al clasificar al ser humano dentro del reino animal, tendríamos que otorgarle la capacidad de razonar como una capacidad propia de su naturaleza, pero ¿en qué pensamos realmente cuando decimos que es natural para el ser humano ser un ente racional? Como respuesta preliminar ya dijimos que podríamos pensar en que somos seres que no nos dejamos guiar fácilmente por nuestros impulsos primigenios, y es que dado que existe esa posibilidad de reflexionar sobre las cosas que hicimos, pensamos sobre lo que

hacemos o lo que vamos a hacer. Nuestras conclusiones sobre la siguiente acción no se basan solo en el instinto, sino también en la experiencia. De este modo, aun cuando dentro de nosotros y nosotras exista el impulso de matar o hacerle daño a alguien, tendremos la posibilidad de reflexionar sobre las consecuencias que esto tendría. Así, es muy probable que no cedamos frente a lo que instintivamente queremos hacer.

Pero pese a que muchas veces se ha intentado diferenciar al ser humano del resto de las especies, exaltando las virtudes que nos entrega el ser racionales, casi nunca se habla sobre las consecuencias nefastas que de aquellas diferencias resultan. Y es que la ya mencionada razón moderna ha traído consigo una serie de desafíos que hacen necesario el replantearnos el uso y estima que le hemos dado a nuestra manera de abordar las cosas, pues, paradójicamente, de aquella capacidad racional han nacido los actos más irracionales que puedan concebirse. La causa de esto, tal como nos comenta Hannah Arendt, se basa en que nuestra razón “es propiedad de un ser originariamente instintivo” (Arendt, 1970, p. 83), y esto, lejos de acercarnos al reino animal, ciertamente nos posiciona en un nivel bastante más desequilibrado de lo que podríamos encontrar entre los más violentos de los animales:

Los científicos saben, desde luego, que el hombre es un fabricante de herramientas que ha inventado esas armas de largo radio de acción que le liberan de los límites «naturales» que hallamos en el reino animal, y que la fabricación de herramientas es una actividad mental muy compleja (Arendt, 1970, p. 83).

En ese sentido, una primera incógnita podría ser entonces la pregunta por el origen de la violencia. ¿Ha estado desde siempre con nosotros? ¿Existe un momento dentro de nuestras vidas que nos lleva a esa manera de relacionarnos con otros y otras? ¿Nacemos o nos hacemos violentos? De acuerdo con Arendt, la violencia podría nacer de la rabia¹, y que la rabia, a su vez, nacerá ahí donde pensamos que exista la posibilidad de cambiar aquello que nos genera ese sentimiento²:

Sólo reaccionamos con rabia cuando es ofendido nuestro sentido de la justicia y esta reacción no refleja necesariamente en absoluto una ofensa personal, tal como se advierte en toda la historia de las revoluciones, a las que invariablemente se vieron arrastrados miembros de las clases altas que encabezaron las rebeliones de los vejados y oprimidos (Arendt, 1970, p. 85)

Pareciera que, dado que nos encontramos en un mundo en el que constantemente tenemos el sentimiento de sentirnos amenazados por algo o alguien, la rabia, y por lo tanto la violencia, responden a un modo de ser natural del ser humano frente a ciertos estímulos indeseados. Esto a su vez nos impulsará a querer hacer algo para que aquello que nos hace sentir bajo

¹ Nos comenta Hannah Arendt que “Es un lugar común el señalar que la violencia brota a menudo de la rabia” y aunque esto es solo un aspecto minúsculo sobre el tema de la violencia, me parece un punto de partida bastante decente para el desarrollo de mi investigación, pues como se verá más adelante, la rabia siempre es rabia por *algo*, y en ese *algo* encontramos los indicios que estamos buscando” (Arendt, 1970, p. 85)

² Cabe mencionar que Arendt nos comenta que en los escenarios donde no existe una posibilidad de cambiar lo que está pasando lo que sentimos no es *rabia*, así por ejemplo, no sentimos rabia frente a una enfermedad incurable, un terremoto, etc

peligro desaparezca de nuestro radar. Y aquí es donde posiblemente podamos encontrar el hecho más interesante de toda esta reflexión: y es que debido al peligro inminente de que ciertas fuerzas violentas, externas a nosotros y nosotras, amenacen nuestra existencia, nuestra voluntad de superar el peligro se activa. Así, podríamos pensar, por ejemplo en los desastres naturales. En ocasiones, la naturaleza, puede parecer bastante violenta, y de este modo, tornados, huracanes y terremotos, por mencionar algunos ejemplos, pueden ser totalmente devastadores. Pero al mismo tiempo, este hecho estimula nuestra capacidad para sobreponernos a ellos, aportando a que nuevas tecnologías sean creadas para la prevención de estos desastres. Lo mismo podríamos decir de las sequías, que en muchos países conlleva largas temporadas de hambruna, al respecto también se han empezado a hacer estudios para poder sembrar en los países que así lo requieran, alimentos genéticamente modificados para que puedan crecer en tierras sin mucha agua, a fin de que se pueda ayudar a esa parte de la población.

Podríamos interpretar, entonces, lo anteriormente dicho de la siguiente manera: en la medida en que encontremos situaciones que violenten y amenacen nuestra existencia, lograremos solventarlas a través del uso de la razón como facultad cognitiva, lo que podríamos traducir en un avance significativo en nuestra evolución como especie humana. Puede argumentarse que los ejemplos corresponden sólo a acontecimientos naturales, y que no siempre las situaciones violentas llevan a un cambio en el paradigma, sino que, por el contrario, podrían servir para seguir perpetuando aquello desde donde brota la violencia, pero de aquí nace también la siguiente pregunta: ¿No ha sido gracias a las guerras que nos hemos dado cuenta lo nocivas que son?

¿No es acaso producto de las bombas nucleares que Estados Unidos lanzó en Japón que ya para nadie es una opción comenzar una guerra nuclear dado el desastre mundial que eso generaría? La racionalidad que poseemos, con su inmenso potencial, permite que la violencia, en este sentido, se presente como vitalizadora de las sociedades, y no solo eso, sino que además, según la lectura que podemos extraer de Arendt, la violencia sería capaz de, inclusive, acelerar procesos sociales que de otro modo llevaría siglos en suceder “Recurrir a la violencia cuando uno se enfrenta con hechos o condiciones vergonzosos, resulta enormemente tentador por la inmediatez y celeridad inherentes a aquélla” (1970, p.85).

Por ende, la violencia, que ya podríamos comenzar a entenderla como una forma *natural* de comportarnos, presentaría un aspecto positivo, el cual traería de manera rápida y eficiente aquel aspecto tan requerido por todas las sociedades como es el progreso y la *justicia social*, dicho de otro modo, gracias a la violencia podemos:

Arrancar la máscara de la hipocresía del rostro del enemigo, para desenmascararle a él y a las tortuosas maquinaciones y manipulaciones que le permiten dominar sin emplear medios violentos, es decir, provocar la acción, incluso a riesgo del aniquilamiento, para que pueda surgir la verdad (Arendt, 1970, p.89).

Podríamos asumir de este modo que la violencia posee, como una de sus posibles consecuencias, la capacidad de estimular y crear nuevos escenarios.

Ahora bien, no debemos perder el foco. Estamos hablando de violencia, y si nos moviéramos bajo la lógica de que el mundo, para cambiar, necesita de actos violentos, básicamente nos estaríamos entregando a la creación de un mundo violento, y al respecto, basta con tener un poco de sentido común para entender que ese camino no es viable, pues si siguiéramos con la idea de la violencia como motor de cambio y creación, deberíamos avalar las guerras, las matanzas y un sinfín de actos que no viene al caso mencionar pero que a todas luces no parecen ser un modo de vida pleno. Ejemplos de por qué el camino de la violencia no parece el indicado sobran, pues si bien es cierto que hasta cierto punto la violencia parece un camino bastante tentador a tomar como sociedad, en la mayoría de los casos se transforma en una bola de nieve que arrasa con todo a su paso. Nos comenta Hannah Arendt:

Aunque se mueva conscientemente dentro de un marco no violento de objetivos a corto plazo, será siempre el de que los medios superen al fin. Si los fines no se obtienen rápidamente, el resultado no será sólo una derrota sino la introducción de la práctica de la violencia en todo el cuerpo político (1970, p. 109).

Resulta interesante el hecho de que la violencia se empiece a permear otras esferas, y como resultado, esta situación se termine normalizando. Es decir, estar tan acostumbrados a dinámicas de violencia que ya no nos percatemos con tanta facilidad de ellas y asumir, en ese sentido, a la violencia como una característica biológica propia del quehacer y pensar humano, y por lo tanto, ver en ella un modo de ser predecible por la ciencia moderna. Nada más

alejado de la realidad; primeramente porque el ser humano está lejos de ser un animal predecible. Esto también es afirmado por Arendt, quien al respecto señala que las proyecciones que se hacen acerca del futuro no pueden ser ciertas, ya que cada movimiento altera el escenario presentado, y el supuesto que se podría tener sobre el futuro necesariamente se hace incierto. Y en segundo lugar, porque estaríamos cayendo en la trampa de entender a la violencia como necesaria para nuestro desarrollo dentro de la vida en sociedad. Y con esto no me refiero a desenvolvemos de manera violenta en nuestra cotidianidad, sino que, al momento de que nos encontremos como espectadores de aquel desastre global, dígame guerras, golpes de estado, atentados, etc., nuestra reacción más común sea de naturalizarlo, hacer como si en ese acontecimiento no estuviera pasando nada que debiese alarmarnos, ni mucho menos condenar. El peligro de esto es que comenzaríamos a aceptar ciertas dinámicas que se basan en el sometimiento de unos sobre otros, como propias de nuestra sociedad.

Respecto a esto, ejemplos sobre la invisibilización y naturalización de la violencia que se den en nuestra sociedad actual existen muchos. Podríamos pensar, por ejemplo, en ciertas conductas en las que los adultos se imponen y ejercen dominación sobre los niños y niñas. A los ojos de nadie podría parecer correcto naturalizar hechos que de algún modo afecten física o psicológicamente a alguien. Podrían ciertamente existir casos donde esto ocurra, como es el caso de ciertas culturas que practican la mutilación genital femenina, pero esto jamás podrá ser entendido como una manera natural y predecible en el ser humano, a modo de que toda la población lo acepte como

positivo³, sino todo lo contrario, y tal como se expondrá más adelante, la constante reflexión que se hace respecto a la niñez y como esta debiese ser vivida nos dice que nuestra sociedad busca enérgicamente la igualdad entre todos sus habitantes.

Pero entonces, ¿qué es violencia?, pese a que no pareciera ser tan difícil saberlo, muchos pensadores y pensadoras de diferentes épocas han hecho, con mayor o menor popularidad, variadas lecturas de este fenómeno. Tenemos por ejemplo a Aristóteles, para quien el uso de la violencia en ciertas circunstancias estaba justificado:

Aristóteles (...) entiende a la guerra como otros casos de violencia justificada, i.e., como “correcciones y castigos justos” los cuales ciertamente “parten de la virtud, pero son necesarios y realizan lo moralmente admirable no sólo en tanto necesario —pues sería preferible que ni el hombre ni la ciudad-Estado necesitaran de tales medidas (VII.13.1332a12-15). (Rosler, 2016, p.46).

Las afirmaciones que dictan un sentido “positivo” de la violencia son comunes, sobre todo si nos ponemos a pensar en la historia que hemos tenido que sortear para llegar hasta el punto en el que nos encontramos. En esta misma línea, y en un intento por generar un diálogo con Nietzsche, podríamos encontrarnos con una idea ya mencionada en esta investigación, a saber, entender la violencia como un motor de avance (Iribarne, 2012).

³ Sin embargo, justamente sucede que podemos encontrarnos con esa manera de actuar, aquello relatado como imposible en la práctica se revela como real, y por lo mismo se hace necesario estar siempre atentos y atentas a aquello que se tiende a aceptar por *natural y propio al ser humano*, a fin de que seamos capaces de ser un aporte al cambio en las lógicas propias de un sistema violento.

Lo realmente problemático con esta forma de entender la violencia es que de una u otra manera terminan siendo un agente perpetuador de un sistema basado en la competencia, pues en un modelo competitivo, como lo es el actual sistema capitalista, el hecho de que mediante la caída de una empresa se levante otra, resulta no sólo lógico sino que propio de cómo deberían ser las cosas. Curiosamente Nietzsche dentro de su concepción de violencia a la vez que logra hacer una lectura vitalizante de esta, criticará por otro lado, la forma de entenderla en forma de imposición de un ideal:

El avasallamiento de un sentido, el prevalecer de un sentido y la búsqueda de prolongarse del mismo, constituye lo que Nietzsche denominará el ideal de veracidad. La violencia como avasallamiento es representada como una represión de lo que no se ajusta a sus o su ideal (Iribarne, 2010, p.17)

Respecto a la justificación o reinterpretación de la violencia, Hannah Arendt se mostrará abiertamente en contra, aludiendo a que este viraje hacia una visión favorable de la violencia se basaría en el hecho de una incapacidad del hombre por superarla. “Estoy inclinada a pensar que parte considerable de la actual glorificación de la violencia es provocada por una grave frustración de la facultad de acción en el mundo moderno” (Arendt, 1970, p. 113).

Y es esta actitud que rechaza la violencia en todas sus formas la que guiará el presente estudio. Bajo ninguna circunstancia la violencia puede ser considerada una práctica aceptable, y por lo tanto digna de ser replicada. Así, en el intento por llegar a una definición propia de este fenómeno, es posible decir que la violencia es un tipo de interacción que tiene como consecuencia

inmediata o a largo plazo un perjuicio sobre aquello en que se direcciona esa interacción. De aquí que ya podría no ser necesariamente fértil saber *el qué* es la violencia, sino más bien conocer quién la ejerce, sobre quién es ejercida y cómo actúa la violencia. Esto, podría otorgar una perspectiva muchísimo más profunda que el simple hecho de definir la idea como tal, y para entrar de lleno a este tema sobre el *cómo*, es necesario primero que nada preguntarse sobre *quién* ejerce la violencia.

1.2 La perspectiva de Arendt sobre cómo ha convivido el adulto contemporáneo el fenómeno de la violencia

Es realmente impresionante el rol que ha tenido la violencia en la historia de la humanidad: ha sido utilizada tanto para elevar como para derrocar dictadores, para justificar profundos cambios sociales. Y aunque en algunos casos, dadas las enormes injusticias que podrían presentarse, podríamos pensar el uso de la violencia como del todo justo, es necesario hacer una revisión sobre los gestores de la violencia a fondo, con tal de que podamos dar pasos seguros en esta investigación.

Al pensar en el gran causante de la violencia, podríamos, sin lugar a dudas, pensar en el ser humano, que, con su enorme maquinaria de guerra nos ha demostrado muchas veces cuán violento puede ser cuando de alcanzar su fin último se trata. Quisiera por un momento dirigiéramos nuestra atención hacia otro factor igual de importante en la dinámica de violencia; el poder que la acompaña. En toda dinámica de violencia, aparte del gestor mismo de ella, encontraremos dinámicas de poder, pero ¿cómo deberíamos entender el

poder? Siguiendo con la lógica *arendtiana*, hablar de poder es necesariamente estar hablando de poder político, y en este sentido, como el resultado del conjunto de voluntades individuales de hombres y mujeres en sociedad de las que emanan decisiones colectivas que gobernarán a aquellas voluntades particulares.

Cuando hablamos de poder, dicho sea de paso, no necesitaríamos pensar en su justificación, *el poder existe porque existimos nosotros y nosotras* nos podría plantear Arendt (1970), pero esto no quiere decir que debamos pasar por alto su legitimación. Asumir el poder como algo que existe no quiere decir que necesariamente dicho poder sea legítimo. Bastaría con pensar en cualquier golpe de estado para que esto quede demostrado, al respecto Arendt comenta “La legitimidad, cuando se ve desafiada, se basa en una apelación al pasado mientras que la justificación se refiere a un fin que se encuentra en el futuro” (1970, p. 71).

Resulta interesante entender esta diferencia entre la legitimidad y justificación del poder: volviendo a tomar el ejemplo de los golpes de estado, podríamos perfectamente esperar una justificación respecto al actuar por parte de quien lo realiza argumentando que apela, por ejemplo, a que se está evitando un problema mayor. Un ejemplo bastante cercano lo tenemos con la dictadura vivida en Chile, donde la justificación se basaba en evitar el logro del proyecto político socialista con bases democráticas, que de establecerse ponía en peligro el funcionamiento de una sociedad capitalista, todo esto en el marco de la Guerra Fría.

Y en esa misma línea, ¿podríamos decir que tanto poder como violencia son lo mismo? Claro que no “Poder y violencia, aunque son distintos

fenómenos, normalmente aparecen juntos. Siempre que se combinan el poder es, ya sabemos, el factor primario y predominante” (Arendt, 1970, p. 72).

Aun así, es entendible que ambos conceptos se confundan, y es importante, por lo tanto, aclarar que son dos caras distintas de la misma moneda: mientras el poder emerge de la unión consensuada entre personas, la violencia nacerá de negar la legitimidad de aquella reunión con el fin de someterla y utilizar el poder que de ahí emana en su contra.

Siguiendo con esto, el hecho de que la violencia sea ‘negación de’, tiene una implicancia importante, y es que existe la idea de que a través de la negación se genera la posibilidad de progreso en la historia⁴, y por consiguiente, pensar que mediante la negación del burgués por parte del proletariado es que se darán las bases para que este último logre progresar y, finalmente, romper las cadenas que lo atan al modelo socio-productivo capitalista. No sería algo tan difícil de pensar en la actualidad, y es que el progreso mediante la maquinaria de la violencia es una opción bastante llamativa. Una de las razones para que esta idea nos aparezca tan atractiva podría deberse a nuestra naturalización de la violencia.

De este modo, volviendo a la pregunta sobre *¿cómo el adulto moderno ha pensado el fenómeno de la violencia?* es que podríamos responder *la piensa en forma de progreso*. Al respecto Arendt señala:

La idea de Marx, tomada de Hegel, según la cual cada sociedad antigua alberga en su seno las semillas de sus

⁴ Tal cual como señala Arendt, esta idea proviene de Hegel y a muchas y muchos de nosotros nos llegó de la mano del ideal marxista, que entre las enseñanzas que nos dejó fue, justamente, que la dialéctica que se da entre la clase dominante y la clase oprimida es necesaria para que la clase trabajadora tome consciencia de su posición en la historia, y se reivindique, y que esto, a su vez, traerá consigo el progreso y superación del estado de esclavitud que mantiene el proletario.

sucesores de la misma manera que cada organismo vivo lleva en sí las semillas de su futura prole es, desde luego, no sólo la más ingeniosa sino también la única garantía conceptual posible para la sempiterna continuidad del progreso en la Historia; y como se supone que el movimiento del progreso surge de los choques entre fuerzas antagónicas, es posible interpretar cada «regreso» como un retroceso necesario pero temporal (Arendt, 1970, p. 41).

Es interesante el planteamiento de la última parte de la cita, en la cual se habla de que todo progreso, bajo la lógica de la violencia, implicaría un pequeño retroceso, esto, a todas luces, es una invitación a intentar ser más cauteloso respecto al aceptar la violencia como una forma de avanzar, pues al generar progreso que en sus bases contiene dinámicas de violencia, esta inevitablemente en algún momento querrá emerger para reclamar la parte que le corresponde, así, si bien es un progreso pasar de una fase histórica a otra, este proceso se verá inevitablemente detenido, pues al progresar mediante la violencia, en algún momento nos tendremos que hacer cargo de resolver los puntos pendientes, y en ese sentido, cabe entonces ahora preguntarnos sobre cómo ha proyectado, manifestado, decretado, el fenómeno de la violencia el adulto contemporáneo en el mundo que le tocó gobernar a fin de que podamos verificar cuánto de retroceso tiene el progreso actual.

Siguiendo la lógica de esta investigación, a partir del planteamiento arendtiano, si los adultos han pensado la violencia en forma de progreso,

quiere decir que la forma en la que la ha vivido tiene que ver con la creación y desarrollo del Estado Moderno, por un lado; y con el avance por medio de la guerra como método de sometimiento, por otro. Ciertamente la manera en que tanto el Estado moderno como la guerra manifiestan la violencia responde a grados diferentes de sutileza, como también diferentes matices de supuesto progreso. Tanto es así que el Estado se suele ver como una institución que encarna lo que vendría a ser un progreso de la humanidad respecto a su época anterior y en relación a las diversas necesidades que como sociedad van emergiendo. Como ejemplo podríamos mencionar y analizar el caso de cómo el Estado moderno, cargado de supuesto progreso, se hace cargo del desafío de la educación de su país, o dicho de otro modo, sobre cómo los adultos se han organizado para educar a la niñez.

Tal cual como se expondrá con profundidad en el segundo capítulo de esta tesis, uno de los principales problemas que como humanidad constantemente tenemos que resolver es el de cómo guiamos a la niñez para insertarse en sociedad. Del mismo modo, al estudiar la historia de la niñez entregada por Philippe Ariès (1986) nos daremos cuenta de que previo a la formación de los Estados modernos, la niñez estaba entregada a la suerte que corría cada familia particularmente, y al vivir en un mundo donde la pobreza estaba todavía más acentuada, la educación formal no era necesariamente una prioridad dentro del hogar, más importante era, por ejemplo, que los nuevos miembros de la familia estuvieran lo antes posible disponibles para comenzar funciones laborales. Así, una de las principales tareas del Estado fue la de incentivar la educación con el fin de que a través de esta herramienta las familias, incluso las más pobre, pudiesen salir adelante. En este sentido, sería

innegable que lo hecho por el Estado es un avance como sociedad respecto al pasado, pero aquí es donde debemos observar con detención, pues siguiendo la lógica de Arendt, al mismo tiempo que se consolida la idea de que la educación debiese ser algo accesible para todos y todas, esto podría llegar a ser interpretado como una forma de coacción por parte del Estado, “la palabra «educación» tiene un sonido perverso en política; se habla de educación, pero la meta verdadera es la coacción sin el uso de la fuerza” (Arendt, 2018, p. 227)

Podría no resultar del todo evidente la importancia de la cita anterior, por lo que la debemos profundizar un poco más.

El Estado, lo quiera o no, al momento de hacerse cargo de las distintas políticas educativas, impondrá bases curriculares a los niños y niñas del mundo moderno, lo que traerá como inevitable consecuencia que hayan contenidos educativos que estarán en riesgo de ser censurados por el simple hecho de no adecuarse a los lineamientos estatales. Cabe mencionar, para ser justos, que la idea de un Estado censor no tiene por qué tener un carácter intencional, sino que es, por lo bajo, una consecuencia propia del mundo moderno:

Por muy serias que sean estas transgresiones de los elementos básicos del crecimiento vital, lo cierto es que de ningún modo son intencionales; la meta primordial de todos los esfuerzos de la educación moderna ha sido el bienestar del niño, un hecho que no deja de ser sincero aun cuando los intentos realizados no siempre hayan tenido éxito en la dirección en que se esperaba para el avance del bienestar infantil (Arendt, 2018, p. 240).

Así, pese a que podríamos ver y entender que las escuelas representan un progreso, dicho progreso, al llevarse a cabo en forma de coacción, no logra finalmente su objetivo, sino que este se pierde bajo la sombra del adoctrinamiento estatal capitalista.

Otra de las consecuencias respecto a este punto se puede evidenciar cuando se estudia la dinámica en la relación misma que se da entre adultez y niñez, pues si bien por parte del mundo adulto se intenta abarcar lo más posible la existencia de los niños y niñas, con el fin de obtener el bienestar de estos, al mismo tiempo, se les excluye categóricamente de las discusiones y reflexiones respecto a problemas que legítimamente les podría corresponder opinar, como lo es el caso de, por ejemplo, de la escuela: el mundo de los adultos no está hecho para los niños y niñas. No se les concibe en él, no están listos. Es un mundo que los espera, y del que tendrán que hacerse cargo, pero cuando llegue su momento.

En cualquier caso, el resultado es que se desterró a los niños, por decirlo así, del mundo de los mayores; es decir que quedaron librados a sí mismos o a merced de la tiranía de su propio grupo, contra el cual, a causa de la superioridad numérica, no se pueden rebelar, con el cual, por ser niños, no pueden razonar, y del cual no pueden apartarse para ir a otro mundo, porque el de los adultos está cerrado para ellos (Arendt, 2018, p. 232)

De este modo se ejemplificaría los peligros con los que nos podemos encontrar respecto al progreso con bases violentas pues, por un lado, nos encontramos frente a un Estado que impondrá una serie de saberes que deben

ser aprendidos con obligatoriedad, y por otro, que al hacerse cargo de la educación, aparta a la niñez de la toma de decisiones respecto a la vivencia escolar a la que se deberá someter. Esto no quiere decir que el Estado no debería hacerse cargo de incentivar el bienestar social, sino que es necesario mostrarse cauteloso con la estima que popularmente tiene este tipo de progreso.

Dentro de estas lógicas de progreso mediante la violencia podemos encontrar algunas formas más evidentes que otras. La violencia que podría llegar a generarse por parte del estado en relación a la educación es mucho más sutil y aceptada por el común de las personas, pero existen otros tipos de violencias mucho menos sutiles, aunque de igual manera han estado presentes a lo largo de toda nuestra historia. Queda ahora hablar sobre la guerra, que vendría a ser la manifestación más evidente de supuesto progreso mediante la violencia, y que como veremos, ocupa un rol fundamental en la presente investigación.

1.3 La perspectiva de Arendt sobre cómo ha convivido el adulto contemporáneo con el fenómeno de la violencia en relación a la guerra

Las guerras, como tal, parecieran haber existido desde siempre en la historia de la humanidad. Basta con pensar en las guerras romanas, los conflictos en la época feudal o las conquistas realizadas por los europeos en América, para que la idea de que la guerra ha estado siempre con nosotros

tome mayor peso. Y aunque esto no signifique que se viva en un estado de guerra constante, o que no han existido lugares donde no se ha conocido la guerra, bajo una mirada más globalizada, la humanidad, como conjunto, ha tenido que sortear el vivir como países y voluntades dispuestas a interactuar de manera violenta para resolver sus problemas.

No sería del todo extraño preguntarnos, inocentemente, cómo es que sabiendo las consecuencias nocivas que trae consigo el uso de la violencia a través de la guerra, aún se siga utilizando como un medio para resolver conflictos. Y he aquí dos puntos que es necesario tratar: primero el rol que juega la guerra en la política, y segundo, sobre la ya señalada excesiva naturalización que tenemos los adultos y adultas sobre la guerra.

Claramente, el ser humano, como el animal político que es, necesita resolver problemas políticos (si es que podríamos hablar de que existan problemas que no sean propiamente políticos), esto llevará a que sus propuestas de soluciones serán -a no ser que respondan a determinadas particularidades-, soluciones en beneficio de la comunidad en la que él habite, y de este modo, la guerra, como una forma de resolver un conflicto, vendría a ser una fórmula para resolver determinados problemas políticos. Siguiendo con la línea de esta reflexión es que no es difícil entender las palabras de Arendt cuando nos habla del rol que juega la guerra en el quehacer de la humanidad:

la razón principal de que la guerra siga con nosotros no es un secreto deseo de muerte de la especie humana, ni de un irreprimible instinto de agresión ni, final y más plausiblemente, los serios peligros económicos y sociales inherentes al desarme

sino el simple hecho de que no haya aparecido todavía en la escena política un sustituto de este árbitro final. ¿Acaso no tenía razón Hobbes cuando dijo: «Acuerdos, sin la espada, son sólo palabras»? (Arendt, 1970, p. 12).

De este modo, la guerra, en tanto árbitro final del conflicto, seguirá estando ahí mientras no encontremos otra forma de resolver nuestros problemas.⁵

Resulta sumamente curioso, por otro lado, el hecho de que la guerra esté tan normalizada por todos y todas, que incluso sin haberla vivido en carne propia, basta con prestar atención a nuestra forma indiferente de reaccionar cuando se nos comenta que continúa cierto conflicto en tal o cual parte del mundo.

Aquellos que sólo vieron violencia en los asuntos humanos, convencidos de que eran «siempre fortuitos, no serios, imprecisos» (Renán) o que Dios estaba siempre del lado de los batallones más fuertes, no tuvieron más que decir sobre la violencia o la Historia (Arendt, 1970, p. 16).

Siguiendo la lógica de la cita anterior, podemos encontrar un sinnúmero de consecuencias dadas por el hecho de naturalizar la violencia. Arendt en su libro

⁵ Por cierto, algo que es realmente paradójico respecto a la guerra como se entiende en la actualidad, es que su poder atómico la transformó en una propuesta de difícil acceso para las superpotencias, esto dado a que en el momento en que al menos una de ellas comience a gestar su voluntad de conflicto bélico, las otras también lo harán, generando así un colapso a nivel mundial, al respecto Arendt nos hace esta interesante observación sobre lo inútiles que son las guerras como solución a los conflictos entre países (Arendt, 1970)

Sobre la violencia (1970), estará constantemente evidenciando esto. Entre todas las consecuencias que podemos encontrar ahí, resulta curiosa aquella pretensión de ciertas comunidades intelectuales por intentar predecir los brotes de violencia en contextos de descontento social, y no solo eso, sino que además, para lograr este imposible (el intentar predecir dónde y cuándo se desatará acontecimientos violentos), intentan utilizar el método científico como herramienta de respaldo a estas supuestas predicciones.

Es importante señalar, aunque podría parecer obvio, que las ciencias naturales, cuya principal herramienta es la observación metódica sumada al despliegue del ya comentado método científico, trabajan con elementos cuyas posibles formas de reaccionar están más o menos contempladas. Si bien un experimento científico podría resultar terriblemente mal, aquel resultado podría ser perfectamente explicado y supuesto como un resultado posible por la comunidad científica a cargo de dicho experimento, es decir, las ciencias naturales poseen conocimiento sobre los peligros de ciertos experimentos y toman medidas al respecto e incluso si no las tomaran, sería dudoso pensar que no tenían contemplado la catástrofe. Este hecho no sucede, aunque así quisieran predecir algunos y algunas, cuando hablamos de la guerra, pues las dimensiones de la catástrofe son directamente proporcionales al potencial destructivo del humano, y tal como este nos ha demostrado constantemente a lo largo de su historia, dicho potencial se supera constantemente.

La quiebra lógica de estas hipotéticas constituciones de los acontecimientos del futuro es siempre la misma: lo que en principio aparece como una hipótesis, con o sin sus alternativas

implicadas, según sea el nivel de complejidad, se convierte en el acto, normalmente tras unos pocos párrafos, en un «hecho» y entonces da nacimiento a toda una sarta de no-hechos semejantes con el resultado de que queda olvidado el carácter puramente especulativo de toda la empresa. Es innecesario decir que esto no es ciencia sino pseudociencia, el desesperado intento de las ciencias sociales y del comportamiento, en palabras de Noam Chomsky, por imitar las características superficiales de las ciencias que realmente tienen un significativo contenido intelectual (Arendt, 1970, p. 14).

De este modo se evidencia que la guerra, en tanto se intenta pensar de manera científica (o en las palabras de Arendt, de manera pseudocientífica), también generaría un escenario nefasto, pues supone certezas que en realidad son especulaciones infundadas.

Sin embargo, esta intención es real, y su puesta en práctica conllevaría a que emerja una nefasta voluntad por parte de ciertos grupos políticos a querer entenderla con el único fin de pretender predecir su comportamiento para poder usarla a su favor. Esto, cabe decir, resulta una actitud sumamente coherente con el mundo capitalista en el que vivimos, pues si bien el argumento que aquí se defiende es acerca de la imposibilidad de predecir a ciencia exacta dónde y cuándo brota la violencia social, esto no quiere decir que no pueda ser inducida allí donde se necesite que brote.

Lo recién comentado se suma a la ya comentada fé que el hombre moderno ha puesto sobre las ciencias en general, como si estas fueran

capaces de, en todo momento y lugar, prever las consecuencias del hacer humano. Nada más alejado de la realidad, sobre todo en temas donde la voluntad del humano puede cambiar de un momento a otro sin previo aviso. Ahora bien, y para aclarar, esto no quiere decir que todas las ciencias sociales sean pseudociencias, ni mucho menos que su aporte para entender el mundo en el que vivimos no sea real, solo se busca dejar en evidencia de qué manera podrían ser utilizadas estas a fin de que mediante su uso, se acentúe el actual modelo político-económico de competencia en el que vivimos

Finalmente, y en síntesis, respecto a lo desarrollado en este capítulo y que servirá como enlace para la siguiente parte de esta investigación, cabe mencionar que al invisibilizar, y por lo tanto, desenvolvemos en contextos donde, por ejemplo, la guerra sea violencia naturalizada, pareciera que ese mismo proceso de invisibilización y naturalización comienza a suceder dentro de nosotros y nosotras con nuestras propias violencias, y de esta manera, al momento de replicarla dentro de un círculo de interacciones muchísimo más pequeño no nos estemos dando cuenta realmente de la magnitud del hecho. Como ya se mencionara, esto tiene estrecha relación con el Estado moderno y la educación, con la manera en la que el adulto se irá relacionando con la infancia, relación clave para entender el devenir de la sociedad

Es interesante el hecho de pensar en los alcances de la violencia como fenómeno naturalizado. Si bien este trabajo busca abordar la relación adulto-infancia, podrían sustituirse aquellos conceptos por cualquiera en los que pensemos que existen dinámicas de dominación, y seguiríamos encontrando una violencia invisibilizada y naturalizada.

Capítulo Segundo: Sobre la niñez y la infancia

2.1 Historia de la niñez

No es para nadie una sorpresa lo increíblemente sorprendente que pueden llegar a ser niños y niñas. Su capacidad para absorber información, vivir el presente, no caer en prejuicios innecesarios, y sobre todo, estar entregados a vivir todo lo que el mundo les tenga para ofrecer. Entre otras muchas cosas, esto es lo que los hacen dignos y dignas de admiración.

Al mismo tiempo que emergen desde su interior estas maravillosas aptitudes, existen otras que, dada la forma en la que se desarrolla la vida de los seres humanos, se verán como desventajas. Así, al nacer, todos y todas necesitamos un cuidador, alguien que proteja nuestros débiles cuerpos de un mundo tan áspero como es este lugar en el que nos tocó vivir. La primera persona en la que pensamos cuando nos referimos a este tema es la figura materna, la madre, quien, dada la cercanía y tiempo que pasa con el recién nacido, posiblemente sea la cuidadora por excelencia. Aunque claro, esa persona también podría ser otra: hombre, mujer, hermanos o hermanas. Lo importante es que siempre habrá alguien más que debería velar por nosotros. Y esto, aunque en distintos grados, aplica a la gran diversidad de seres vivos habitan la Tierra. Si bien el cachorro puede caminar al nacer, dudo que sin la alimentación necesaria pueda vivir mucho. De esta forma, es posible concluir que en la mayoría de los casos, sino en todos, habrá otro quien nos acompañará desde los primeros años de vida.

Centrémonos por un momento en el siguiente hecho: si el ser humano es un animal que necesita de otro u otra para cuidarse y sobrevivir, dada la cantidad de años necesarios para que el nuevo ser humano logre relativa independencia, no cabe duda que se generará una relación entre el cuidador y el ser cuidado. De dicha relación se irán pulsando una serie de dinámicas que articularán la manera en que ambos entenderán su rol dentro de la convivencia que se ha generado entre ambas partes. Esto a su vez, como será expuesto a continuación, tiene una clara tendencia histórica a que el cuidador se posicionará por sobre el niño o niña, pasando a llevar su existencia completa, tanto a nivel físico como intelectual. No es intención de este estudio especular sobre los fundamentos por los que nuestros cuidadores nos cuidan. Sería apresurado concluir que sucede solo por una u otra opción, habrá quienes lo hagan por sincero amor hacia el nuevo ser, mientras que otros por obligación cristiana, social o moral. Lo importante aquí es que todos cumplen el mismo rol: cuidar, alimentar, proteger.

Por otro lado, sería ingenuo pensar que aquella persona que se hace cargo de otra solo cuida. Este primer encuentro con el mundo mediante este protector o protectora estará lleno de matices que conviene precisar. El cuidador cuida, sí, pero no solo eso, sino que también educa, corrige, castiga, direcciona, somete, vigila... al nuevo ser (Arendt, 2008). Este es el escenario que nos presenta Philippe Ariès en un breve pero contundente texto llamado *La infancia*, donde nos enseñará los matices que se encuentran ocultos detrás de esta relación histórica entre cuidador y cuidado, tanto en nuestros días, como en tiempo pasados y todavía civilizados de la época antigua, específicamente en Roma, donde un niño debía poseer ciertos aspectos particulares que

motivarían al padre a aceptarlo, y de ese modo, brindarle atención y calidad social⁶.

Se sabe que al niño romano recién nacido se le posaba en el suelo. Correspondía entonces al padre reconocerlo cogiéndolo en brazos; es decir, elevarlo (elevare) del suelo: elevación física que en sentido figurado, se ha convertido en criarlo. Si el padre no “elevaba” al niño éste era abandonado, expuesto ante la puerta, al igual que sucedía con los hijos de los esclavos cuando el amo no sabía qué hacer con ellos. (...) En último caso, los niños “elevados” habrían sido favorecidos por una elección, mientras que a los otros se les abandonaba: se mataba a los hijos no deseados de los esclavos, o a los niños libres no deseados por las más diversas razones, no sólo a los hijos de la miseria y del adulterio (Ariès, 1986, p. 2).

Ya en la época antigua podemos encontrar las primeras señales de cómo será la relación que exista entre ambos sujetos. Tal como expone Ariès (1986) el niño o niña será tratado como un objeto, y esto deberíamos entenderlo en el sentido estricto de la palabra, pues ¿no es acaso la forma de relacionarse entre el cuidador y el cuidado en la antigua Roma la misma que podríamos tener nosotros con algún electrodoméstico u objeto cualquiera en el mundo actual? En el caso expuesto, lo que permitía que un niño o niña pudiese vivir estaba basado simplemente en si cumple o no con las expectativas del cuidador, algo que en la actualidad tendríamos presente solo con objetos

⁶ Nos comenta Ariès (1986) que los rasgos que debiese tener el bebé estaban ligados al contexto en el que fue concebido el niño, sumado a la belleza estética que presentara el recién nacido, lo que dará lugar al sentimiento de tutela por parte del adulto.

inanimados, carentes de vida, objetos con los que podemos hacer y deshacer pues no representa un problema para la convivencia de la sociedad. De todos modos, no es de sorprender que una sociedad como la romana, que se basaba en la esclavitud, tuviera este tipo de comportamiento con seres que fueran considerados inferiores⁷, como tampoco que dicha conducta respecto a la niñez lamentablemente sea rastreable hasta hoy en día.

Si avanzamos en el tiempo, la posibilidad de sentir rechazo por parte del progenitor hacia el infante que encontramos en la época antigua no era algo que tuviese cabida en la época medieval, pues el vínculo entre los progenitores con su hijo o hija se va tornando sagrado.

La unión de los dos cuerpos se hace sagrada, al igual que los hijos que son el fruto de ella. Los vínculos naturales carnales y sanguíneos son más importantes que las decisiones de la voluntad. El matrimonio es más importante que el concubinato, el nacimiento que la adopción (Ariès, 1986, p.2).

Sumado a este cambio en el paradigma de cómo se entienden las relaciones entre adultos, los conflictos bélicos de aquel entonces no permitían que fuese de otra manera. La población medieval tenía que conseguir y cuidar su mano de obra, pues los habitantes debían comenzar a trabajar la tierra lo antes posible. Esto pondrá al niño y su calidad de recién llegado en una clara desventaja, pues será forzado a madurar mucho más rápido de lo que naturalmente debería ser, con tal de cumplir con las expectativas que aquel

⁷ Tal cual como se expondrá más adelante, el mundo antiguo tiene una particular fijación con que el punto más alto del desarrollo humano está en la adultez, que es aquella edad que se encuentra en la niñez y la vejez, y que esto, a su vez, llevará a creer que todo lo que no esté en ese rango sea considerado inferior.

mundo espera de él. Las constantes guerras y temor por el mundo exterior no permitían que las sociedades, ahora cerradas en pequeños principados feudales, se dieran el lujo de tener actores que no contribuyeran en el buen funcionamiento de la sociedad medieval, lo que traía como resultado que las personas se vieran forzadas a transformar al niño en adulto lo antes posible.

El nasciturus ya no era el fruto del amor que se podría evitar con alguna atención y sustituir con ventaja mediante una elección, con la adopción, como sucedía en la época de los antiguos romanos. El hijo se convierte en un producto indispensable, en cuanto que es insustituible. En el siglo VI empiezan, y durarán mucho, tiempos duros, en los que las ciudades se contraen y se fortifican, se erigen castillos, (...) una familia poderosa era necesariamente una familia numerosa, por supuesto en los castillos, pero también sin duda en las cabañas, para garantizar la seguridad y la mano de obra. Este culto a la fecundidad se explica fácilmente en un mundo lleno de incertidumbre y aún poco poblado, pero sorprende que se haya perpetuado en un mundo superpoblado y seguro. Las clases populares, que tuvieron que sufrir sus consecuencias, fueron las últimas en abandonarlo (Ariès, 1986, p.3).

El contexto que le sigue a la época antigua es complejo, y en un mundo lleno de inseguridades en los tiempos feudales, es fácil comprender que se reafirmarían ciertas prácticas trasgresoras del ciclo vital de los niños y niñas,

como lo son el tener que trabajar desde muy pequeños. Sin embargo, en la medida que vamos avanzando en el tiempo esta forma de ver, entender y vivir con la niñez, van progresivamente quedando atrás, para ir posicionándose de manera insípida, en el pensar colectivo, el cuidado de los niños y niñas.

También en las clases superiores se mimaba a los pequeños, sobre todo las madres, las abuelas, e incluso los padres, pero cada vez menos a partir de mediados del siglo XVII (en Francia). Y ello se debe al nacimiento de otro tipo de sensibilidad hacia la infancia, destinada a perturbar la actitud de los adultos frente al niño hasta el siglo XX. Un sentimiento bifronte: de un lado, solicitud y ternura, una especie de forma moderna de mimar, y del otro, también solicitud, pero con severidad: la educación. Ya había “niños malcriados” en el siglo XVII, mientras que dos siglos antes no se encontraba ni uno solo. Para “malcriar” a un niño hay que tener hacia él un sentimiento de ternura extremadamente fuerte, y también es necesario que la sociedad haya tomado conciencia de los límites que, en bien del muchacho, debe observar la ternura. Toda la historia de la infancia, desde el siglo XVIII hasta nuestros días, está constituida por una diversa dosificación de ternura y de severidad (Ariès, 1986, p.7).

Tal cual como nos comenta Ariès, este proceso se hace de la mano de la escuela y la religión, lo cual tiene mucho sentido, pues la iglesia, que iba

perdiendo influencia en el mundo político, se vio forzada a convertirse en una institución educacional. Esto fue ampliamente aceptado por la sociedad moderna, la que entregaba a sus hijos a monasterios e instituciones eclesiásticas para que fueran ellos, y no los progenitores, quienes les educaran. No se debe pensar, dicho sea de paso, que la iglesia tomó un rol monopolizador respecto a la educación, sino que parte del devenir histórico la posiciona dentro de esa faceta, existiendo también educación de corte ilustrado no-religioso para la formación del niño.

En el siglo XVIII, bajo la influencia de Rousseau y del “optimismo” del siglo de las luces, parece haber prevalecido la ternura (al menos en Francia). En realidad, tras esta apariencia exterior había una gran rigidez: los alumnos de Madame de Genlis no disponían de un minuto para ellos y sus juegos no eran sino un pretexto para impartir lecciones de gramática o de moral. Los muchachos tenían que sufrir este condicionamiento, afable pero implacable. En el siglo XIX prevaleció la severidad (sobre todo en Inglaterra): tiene lugar entonces el complicado juego de la pedagogía, de la moral y del amor. Partiendo de estas variables, un matemático podría construir modelos (Ariès, 1986, p.7).

Todo este proceso culmina en la época contemporánea con la consolidación de la escuela como el centro de aprendizaje por excelencia: el mundo del adulto y del niño ahora están separados. Nacen nuevos

sentimientos respecto al infante, como son el cariño y preocupación por la niñez. Ya no se ve solamente como una eventual mano de obra. Si bien no es posible asegurar que ese sentimiento ya no tenga lugar en la sociedad contemporánea, se da espacio a nuevos sentires que priorizan el bienestar del niño antes que el de la sociedad.

Afortunadamente, en el mundo de hoy existen muchas iniciativas que buscan resguardar a la niñez. Así, podemos encontrarnos con que efectivamente hemos avanzado respecto a los derechos fundamentales de la niñez, esto puede ser perfectamente demostrado a través de la Convención realizada por la UNICEF el día 20 de noviembre de 1989, donde se sientan las bases de lo que será la dirección que tendrá el tema de los derechos fundamental de niños y niñas. En dicho texto podemos encontrar un pequeño apartado -en la introducción- donde se indica que una de las principales tareas de los países firmantes sean la de frenar la venta, prostitución y utilización de niños y niñas en la industria pornográfica, al mismo tiempo que se velará por el cese de la utilización de niños en conflictos armados⁸. Resulta interesante el hecho de cómo el conflicto es esencialmente el mismo, la objetivación del cuerpo de la niñez.

La muerte infantil, que durante mucho tiempo fue provocada, y más tarde aceptada, ha llegado a ser absolutamente intolerable. Quizá no nos damos cuenta hasta qué punto es reciente esta actitud. Señala una fase definida de la sensibilidad, o al menos para mucho tiempo, y no se puede concebir cómo podría

⁸ UNICEF, 2006, p.7

retrocederse: las más horribles imágenes de los exterminios nazis son aquellas de los cadáveres de niños, de aquellos cuerpecillos esqueléticos y, al mismo tiempo, hinchados. El hombre occidental ha experimentado en el siglo XVIII y en el XIX una revolución en la afectividad que, ciertamente, no lo hace mejor, sino diferente. Sus sentimientos se subdividen de otro modo, y, en particular, se concentran más en el hijo (Ariès, 1986, p.8).

De este modo se evidencia la forma en que niños y niñas han sido tratados por la sociedad en tanto objetos. A su vez, refleja de manera bastante clara el aspecto *etario* de la niñez, es decir, su edad biológica y la relación que esta va teniendo con la adultez, que según se puede constatar en el trabajo de Ariès (1986), constantemente se trata de la subyugación de la niñez hacia el adulto. Cabe decir que la recopilación y reflexión sobre la historia de la infancia es relativamente nuevo⁹, y que por lo tanto, estamos en un terreno fértil para cultivar nuevas reflexiones respecto a la infancia. Es en este contexto que se abre un nuevo campo de investigación sobre la niñez en tanto infancia, hablo de entender, y hacer un giro hacia aquél aspecto que trasciende la niñez, pero no desde su dimensión etaria, sino desde su sorprendente potencial filosófico que ahí podemos encontrar. De eso tratará la siguiente parte de esta investigación.

⁹ Entre las primeras investigaciones sobre la niñez podemos encontrar la realizada por el ya mencionado Ariès, quien en recién en 1960, a través del estudio de pinturas, lápidas, entre otros artefactos, logra dar cuenta de la manera en la que se entendía la niñez previo a la época contemporánea, desde aquél tiempo a esta parte hay existido otras investigaciones que han logrado seguir aportando al estudio de este sujeto social, que, históricamente ha sido considerado como parte de la vida privada, y que por lo tanto su estudio era de difícil acceso.

2.3 Reflexiones en torno al concepto de infancia

¿En qué pensamos cuando pensamos la infancia? Posiblemente, dentro de las primeras imágenes que se nos viene a la mente esté la de un ser pequeño, sin muchas facultades desarrolladas, un ser con una abrumadora necesidad de cuidados y atención. Intentemos entonces, alejarnos de esta visión, simplemente por la similitud evidente que tiene con la palabra niñez. Podríamos, tal vez, revisar la etimología de la palabra, definición que nos reafirma la idea de un ser carente de facultades, en potencia de obtenerlas, pero que en su actualidad no las posee.

La infancia en su etimología es ausencia de lenguaje. Es curioso cómo nace porque es un término que en la Edad Media se usaba no sólo para los que no podían hablar sino para los que no podían testimoniar en su propio favor (Kohan, 2015, p.209).

Por otro lado, si intentamos tomar distancia para buscar alguna referencia en el uso de la palabra infancia, nos encontraríamos en una situación similar. Así nos comenta Juan Pablo Álvarez¹⁰ lo siguiente:

Cuando hablamos de infancia también se me viene a la mente la vida militar, pues allí encontramos las “Infanterías”, es decir, un modo de pertenecer a un lugar donde no hay posibilidad

¹⁰ Doctor en Filosofía Moral y Política. Profesor en la Universidad de Valparaíso.

de discutir o cuestionar la orden que viene de arriba, donde se da un modo de silenciamiento de la voz (Kohan, 2015, p.210).

Lo dicho hasta ahora vendría a reafirmar tristemente el hecho de que la infancia no tiene nada que entregar. Esto ha sido creído y afirmado por un sin número de pensadores y pensadoras a lo largo de la historia. Es común encontrar metáforas en los textos de la academia sobre cómo es necesario superar la infancia para llegar al estado adulto, estado donde las grandes verdades son reveladas¹¹. Esto, lejos de ser cierto, responde más que nada a un modo coherente de entender la realidad respecto a la época y las enseñanzas aprendidas. Esto no debe desalentarnos. Por el contrario, nos marca la ruta que no debemos seguir, a fin de que podamos identificar aquellos vicios que deben ser erradicados, pues tal como se comentó al final del capítulo anterior, la historia de la niñez es extensa, y si bien queda mucho por hacer, es notoriamente significativo que existan voluntades internacionales para frenar el tema del abuso infantil que día a día sufren miles de niños y niñas

Esta era el escenario en el que pensadores como Philippe Ariès, Giorgio Agamben, Matthew Lipman, Walter Kohan, se vieron enfrentados a la hora de investigar y reflexionar sobre la infancia, y quienes astutamente han sido capaces de aportar, desde sus respectivas reflexiones, a un cambio de paradigma respecto al concepto de infancia.

El aporte de Ariès quedó estampado en el resumen que hicimos sobre la historia de la infancia, donde quedan expuestos los vejámenes por lo que ha

¹¹ Duarte, 2015, p.92

tenido que pasar niñez a lo largo de la historia de la humanidad. Tarea no menor, pues, para refundar la infancia, es necesario tener el escenario en el que esta se desarrolló durante todo este tiempo. Es en este contexto que Ariès comenta:

La actitud de los adultos frente al niño ha cambiado mucho en el curso de la Historia, y ciertamente sigue cambiando hoy día ante nuestros ojos. Sin embargo, esos cambios han sido tan lentos e imperceptibles que nuestros contemporáneos no se han dado cuenta de ellos (Ariès, 1986, p.2).

De este modo, el aporte que cada una de las personas comprometidas con que la infancia gane visibilidad, resignificación y el respeto que merece, se está haciendo presente, pese a que el trabajo pueda interpretarse como de lento avance. En este mismo sentido, tenemos a Lipman, quien, a través de sus novelas, dejará de representar al infante como aquél sin voz, sino que, por el contrario, resaltarán las facultades que de hecho se dan de manera espontánea en los niños y niñas.

La infancia en las novelas de Lipman se muestra como una infancia con ganas de aprender, buscar, explorar, pensar, razonar. Niños y niñas le dan mucha importancia a la inteligencia, al “pensar bien”, “usar bien los criterios”, no parecer tontos ante los demás, razonar de manera adecuada. Por ejemplo, en la novela Kío y Gus y Pixy niños y niñas están claramente más dispuestos que los adultos

a descubrir el mundo desde el asombro, la sorpresa, la creatividad y la abundancia de problemas que surgen siempre nuevos y sin la necesidad de otorgar respuestas lógicas a sus cuestionamientos (Grau, 2010, p.10).

Conceptos como *crear, explorar, pensar, razonar, curiosear, reflexionar*, que no estaban usualmente adheridos al concepto de infancia, ahora se develan no solo como necesarios, sino que propios de la infancia, pues en aquella edad más pura donde difícilmente se podrían actuar continuamente actitudes, podemos encontrar los conceptos mencionados de manera natural. Tal vez Lipman debió haber hecho el simple ejercicio de observar y llevar registro de la forma en la que niños y niñas se comportaban para darle contenido a su obra. Se abre la posibilidad de que esto cambie. Nos encontramos entonces con un momento único, revolucionario. La infancia, entendida como una característica defectuosa o a corregir de la niñez, dará paso a la infancia que queda por conocer, y que está llena de potencialidades. Y esto, nos dará pie para que podamos entender a la infancia como una manifestación de la potencia vital de los niños y niñas, y que se diferenciará del concepto de niñez en tanto el primero responde a una voluntad de ser en el mundo, y el segundo al ciclo biológico-etario.

Pero esto no queda solo aquí, en el libro *La concepción de la infancia en el programa de Filosofía para Niños del filósofo Matthew Lipman*, de las profesoras Olga Grau, Isolda Núñez y el profesor Juan Pablo Álvarez, encontramos una acertadísima lectura sobre las novelas de Lipman respecto a

la visión que este autor tendría sobre el tiempo, en tanto temporalidad, en la infancia.

(...) la concepción de infancia está atravesada por la idea de un progreso no lineal, es decir, que no va desde lo general a lo particular, sino en un sentido transversal y holístico" (Grau, Núñez y Álvarez, 2010, p.21).

El encontrarnos con una idea de la infancia en tanto progreso no lineal, nos abre la puerta a un mundo hasta ahora no explorado, puesto que, si la infancia no progresa de manera lineal, quiere decir que no está sujeta a la temporalidad propia de la niñez, pues la niñez es evidentemente lineal: tiene un inicio y un fin, y cuando se supera una etapa del ciclo biológico, no hay forma de regresar. Algo totalmente diferente sucede con la infancia porque en ella podemos encontrar un constante ir y venir sin importar la linealidad. Así, uno puede seguir cultivando aquello que caracteriza a la infancia: esa entrega a las experiencias que nos ofrece el mundo. Walter Kohan nos entregará una interesantísima visión acerca de la infancia en tanto *atemporalidad*:

Yo no le veo mucha importancia a la infancia en el sentido de edad cronológica, o sea, no me parece que tenga que ver con ser cronológicamente un niño o una niña, me parece que no es una cuestión de edad, es decir, lo que nosotros planteamos, o esta manera de entender la filosofía como un ejercicio, en cierto modo no depende de la edad que tiene el otro, es decir, se puede hacer cuando se tiene edad

de niño, pero también cuando se tiene edad adulta (Kohan, 2015, p.203).

Cabe mencionar que las ideas de Kohan debieron haber estado profundamente influidas por las de Agamben, quien en su libro *Infancia e Historia* nos comenta respecto a esta misma idea de infancia como concepto atemporal:

Por eso la historia no puede ser el progreso continuo de la humanidad hablante a lo largo del tiempo lineal, sino que es esencialmente intervalo, discontinuidad, epokhé. Lo que tiene su patria originaria en la infancia debe seguir viajando hacia la infancia y a través de la infancia (Agamben, 2007, p.74).

Pasamos de este modo, de la idea de la infancia como una etapa condenada a ser superada por su aparente estado permanente de debilidad (Ariès, 1986), que debía estar en constante vigilancia por su incapacidad para ser autosuficiente, a ser un lugar donde encontramos una fuerza sin precedentes (Grau, 2010), pudiendo incluso afirmar que niños y niñas poseen la vitalidad propia de un científico, de una filósofa o de cualquier profesión donde se esté constantemente desafiando los límites de lo conocido (Kohan, 2015).

Con todo lo expuesto hasta el momento tenemos material suficiente como para demostrar que la infancia efectivamente es un concepto que ha ido evolucionando con el tiempo, pero no solo eso, sino que también gracias a los

diferentes aportes de cientos de pensadores y pensadoras hemos logrado superar esa etapa inicial para aceptarla como una potencia vital, un modo de habitar en el mundo igualmente válido que el del adulto. Así, donde antes la humanidad solo veía debilidad, hoy tenemos la posibilidad de ver curiosidad, fortaleza, ánimo por aprender y comprender el mundo. Incluso podemos perfectamente ir más allá y decir que la infancia trasciende a la niñez, que son dos mundos distintos que ciertamente se juntan en el mismo sujeto, pero que podemos perfectamente separar para estudiar cada uno por su cuenta, y esto trae consigo que podamos seguir siendo infantes aun cuando dejemos de ser niños. La edad cronológica forma parte de nosotros, es cierto, pero esto no significa que la infancia no pueda ser entendida de forma atemporal.

Ahora bien, pese a que está demostrado que somos capaces de manifestar este inmenso potencial, no se puede negar que esto, de hecho, no siempre sucede. Es más, es realmente raro ver un adulto que no haya perdido su infancia, es decir, su deseo por vivir el presente, pues esta nos invita justamente a la atemporalidad de la vida, de reflexionar y conocer el mundo sin algún velo predispuesto¹². Cabe entonces preguntarse como algo que no finaliza, pues en esencia no puede, simplemente ya no está aquí con nosotros y nosotras. Sería algo realmente raro que la respuesta sea que nosotros mismos deseamos que la infancia finalice. ¿Por qué querríamos eso? Ya está demostrado que la infancia y la niñez son dos conceptos distintos, por lo tanto, no es contradictorio pensarse como adulto e infante, o como adulta e infante, y que el estar en contacto con aquella vitalidad llamada infancia solo nos

¹² Aquí me estoy refiriendo precisamente a los conceptos y juicios que se hacen sobre cualquier cosa (una persona, un hecho histórico, etc.), de manera anticipada y que nos llevan al riesgo de llegar a conclusiones sesgadas, lo cual es evidentemente un retroceso en la evolución humana

beneficiaría, Pero justamente esto es lo que no ocurre. Podríamos decir que simplemente se normalizó el cese de la infancia. Desde ahí que se puede decir que la infancia es silenciada, cooptada, ajustada y moldeada por un otro, y eso es lo que vamos a estudiar en el siguiente capítulo.

Capítulo Tercero: Sobre la violencia aplicada a la infancia y la niñez

3.1 El adulto y su relación con la infancia

Dado el carácter de esta tesis, es posible pensar que la lectura que se pueda hacer sobre adultos y adultas será siempre la de aquel sujeto que domina y somete a la infancia, pero pensar que esa es la única forma de relacionarse entre ellos sería una afirmación un tanto arriesgada. Por una parte, no sería coherente con la intención de este trabajo que es justamente acercarnos de manera integral a la infancia desde nuestra propia adultez; y por otra, estaría restando importancia al trabajo que hacen constantemente muchas personas por la deconstrucción de las relaciones entre adultez, y cuya finalidad es trazar puentes más que muros entre ambos conceptos. No debemos pensar la infancia como contraria a la adultez, como tampoco debemos creer que uno está por sobre el otro, pues, tal como se verá a continuación, el hecho de que efectivamente se dé una relación de dominación se basa en un complejo sistema de relaciones sociales generado por parte de un cierto tipo de adulto que lo llevan a posicionarse como aquel ser superior del cual se desprenden todas las verdades. Esto no debe hacernos creer que todos los adultos y adultas responden a este modelo de relaciones entre seres humanos, sino que, tal como se verá, es una manifestación de un modo particular de relacionarse unos con otros y otras.

Existen claras diferencias entre la adultez y la niñez. Por ejemplo, las capacidades físicas: fuerza, capacidad motriz, velocidad de reacción,

estabilidad, etc., diferencias que condicionarán directamente el hacer diario y ponen por sobre la niñez e infancia a este sujeto que ya se encuentra en una etapa de desarrollo físico superior, idea que se ve respaldada por un sistema que favorece al adulto que domina.

Como señala Feixa, la adultez, desde Platón y Aristóteles, se ampara en “el elogio al intermedio justo”, referido al varón de mediana edad, que es quien tiene todas las condiciones de legitimidad para ejercer poder de dominación en la sociedad (Feixa, 1998; 29). (Duarte, 2015, p.92).

Así, cuando hablamos de la dominación que sufre la niñez e infancia por parte de un adulto, debemos entenderlo en un sentido completo. Es decir, en relación al cuerpo y la materialidad que lo sustenta, como también considerando la estructura social en la que ambos sujetos se relacionan que como hemos visto, respalda la dinámica de dominación. Sea en el plano económico, donde la niñez ha sido utilizada o adoctrinada para producir, sea en lo cultural, donde podemos encontrar que existe un sujeto que por el simple hecho de ser varón, ya posee una cualidad suficiente como para poder posicionarse por encima de todos y todas. También esto se sostiene en hechos como que el adulto tiene más experiencia con el lenguaje y el pensamiento, lo que, en comparación a los niños y niñas, le permite expresar y comunicar sus ideas de una mejor manera, hecho que es acompañado por características físicas, como la voz y el porte, que dan mayor sensación de superioridad.

De este modo, se sugiere que el sujeto dominante sería un hombre, de mediana edad, cuya sociedad en la que habita está sometida a su actuar sin justificación más que su propia voluntad. Y aquí sépase, pues ya se ha hecho notar, que se trataría del “hombre”, y no “hombre y mujer” o “seres humanos”, pues la sociedad actual está forjada por un tipo específico de hombre, que es el hombre patriarcal (Duarte, 2015) que ha hecho uso de ciertos privilegios sustentado en supuestas ventajas que serían inherentes a él.

Ahora bien, es importante indagar ahora sobre cómo han sido utilizadas estas ventajas, pues como se expuso en el capítulo anterior cuando analizábamos la historia de la niñez a partir de las concepciones planteadas por Ariès, notamos un claro ejemplo de cómo se ha ido configurando parte de la historia de la humanidad y como el hombre adulto, de manera física e intelectual, gestiona relaciones de violencia con la niñez, estas dinámicas de dominio que se conocen como adultocentrismo (Duarte, 2015), concepto que trataremos a continuación.

3.2 El adultocentrismo como expresión de violencia en la niñez

La violencia que sistemáticamente ha ejercido el adultocentrismo sobre la infancia y la niñez, a esta altura, se hace obvia, sobre todo luego de los diferentes puntos de vista expuestos a lo largo de esta tesis, y con lo cual podemos hacer una doble lectura: primero, que al decir que nos es fácil identificar las dinámicas de dominación, se plantea la incógnita sobre cuán

naturalizado tenemos el fenómeno de la violencia, y que, dado esto, se nos dificulte el problematizar las conductas violentas que se presente en nuestra cotidianidad; y por otro lado, la segunda consecuencia, que se desprende de la anterior, es que, a su vez, el adultocentrismo se permea de manera silenciosa en todo el resto de la sociedad: mujeres, abuelos y abuelas, por ejemplo, llegando incluso al plano académico, intelectual, donde los posibles estudios que se hagan respecto a la niñez puede que ya estén cayendo en sesgos que imposibilitan un análisis real de la sociedad.

Interrogarse, por los usos asimétricos y unilaterales de las edades y sus efectos en la constitución de sociedad y cultura, ha estado mayormente ausente en la producción científica, y cuando se la incorpora no se ha sistematizado una perspectiva que le otorgue un status explicativo similar o al menos en diálogo con las otras perspectivas señaladas, o simplemente se le ha resuelto con la naturalización indicada (Duarte, 2015, 89).

Cabe mencionar, dicho sea de paso, que las perspectivas desde las cuales podemos hacer investigaciones sobre la violencia del adultocentrismo respecto a la infancia y niñez son muy variadas, teniendo que tener en consideración que cada perspectiva responde a su propia época, y que ha sido mediante los diferentes cambios sociales, económicos y de crianza, como también del reconocimiento de los derechos de la niñez que se han logrado posicionar la reflexión en torno a la infancia y la niñez (Miranda, 2017).

Por lo tanto, es importante aclarar lo siguiente: el presente estudio respecto a la violencia lo hago el siguiente punto de vista, así, tenemos la violencia hacia la niñez que tal como señala Miranda (2017) sobre las investigaciones hechas por De Mause, expresan que los niños y niñas del mundo han sido continuamente tratados como *objetos-cuerpo*.

Registros de esta violencia podemos encontrar a lo largo de la historia humana; solo por recordar un ejemplo, tenemos lo que ya revisamos a partir de las investigaciones de Ariès respecto a los padres en la antigua Roma quienes dependiendo del humor que presentaba el progenitor dependía si el niño o niña era aceptado dentro de su hogar, pues de no ser aceptado el bebé, se le daba muerte y era reemplazado por alguno que tuviera la aprobación del patriarca familiar.

Si bien es posible comprender que hay una distancia histórica entre nuestra época y aquella que referimos, aludiendo a que en la medida que va avanzando el tiempo, nuestro trato hacia la niñez, y por lo tanto hacia la infancia, está cambiando progresivamente hacia un estado de bienestar para con los niños y niñas, es importante no perdernos, y tal como nos explica Ariès (1986), tanto la época feudal, como la época moderna, seguida de lo que conocemos como contemporaneidad hasta la actualidad, podemos ver ejemplos de maltrato hacia la niñez. Es cierto, se podría creer, siguiendo la línea de que hemos progresado como humanos respecto al trato que tenemos con la niñez e infancia, que la violencia ejercida sobre ellas va a retroceso, si bien es cierto que diferentes organizaciones internacionales han instado a que los países posean garantías para el bienestar de sus niños y niñas, esto aún no se convierte en una tendencia global.

En el año 2017, los últimos reportes evidencian que 1 de cada 2 en edad escolar entre 6 y 17 años viven en países donde el castigo corporal en la escuela no está completamente prohibido. Y durante la última década estos reportes de casos de violencia infantil han ido en aumento (UNICEF, 2017). (Ccorahua Hall, 2019, p.5).

De este modo, si bien es cierto que, de aquella remota época romana, hasta el tiempo actual, ha existido un cambio respecto a la relación de las y los adultos con la niñez, esta continúa rigiéndose por diferentes lógicas de dominación y violencia adultocéntrica. La niñez y la infancia todavía son violentadas. Toda acción perjudicial sobre la niñez tendrá inevitablemente un alcance en la infancia contenida: si la niñez se somete en relación a su edad, cuerpo y las habilidades psico-motoras, en la infancia tendrá relación con el sometimiento a la voluntad de otro-adulto, negando de este modo la voluntad propia que podría tener y querer manifestar la infancia.

3.3 Adultocentrismo e infancia

La pregunta sobre *cómo* la violencia adultocéntrica afecta la infancia puede tener muchas maneras de responderse. Pero antes de buscar posibles respuestas, comenzaremos con la invitación a que reflexionemos sobre el momento en que nosotros mismos perdimos nuestra infancia ¿Cuándo y dónde

la dejamos? La primera idea que podríamos generar sería que nuestra infancia acaba cuando la adultez se apodera de nuestro cuerpo y mente. Resulta obvio que no podemos pretender pensar y sentir como niños o niñas en cuanto, por una parte nuestro cuerpo ya no es el mismo, y por otra, nuestros pensamientos ya no son iguales, pero, y en relación a la infancia, en tanto niñez no-etaria, se olvida el carácter trascendental que posee, pues como se mencionó en el capítulo anterior “la infancia tiene diferentes nombres y habita distintos espacios” (Kohan, 2009), a partir de lo que nos queda por suponer que el fin de nuestra infancia tiene que ver con un cambio de paradigma en la manera en que nos pensamos a nosotros y al mundo en el que vivimos. En la misma línea, el lugar donde debemos buscar las posibles causas del cese de nuestra infancia son nuestros pensamientos. Nos encontramos con que tenemos que preguntarnos qué es lo que hace el adultocentrismo para generar cambios en nuestros paradigmas epistémicos tal que abandonamos nuestra infancia. En el mundo actual, existe un momento en que se nos enseña a dejar de estar conectado con nuestras emociones. Hijos e hijas de la modernidad, el paso desde la niñez, atravesada por la juventud y hacia la adultez, es un abandono progresivo de ciertas emociones, para darle paso a la razón, pues en ella encontramos las certezas que necesitamos para vivir en un mundo que está constantemente avanzando. No obstante, existe una instancia en que la adultez entra nuevamente en tensión con la casi olvidada infancia: el juego.

El territorio del juego es un espacio de conquista y de dominio (Huizinga, 1968), es un tiempo dentro de otro tiempo y es el espacio de todo lo posible. En él se conforma una atmósfera

nueva con unos elementos que, aunque tomados de la realidad objetiva, son transformados, dando como resultado otra verdad. Es una actividad creativa, inteligente, sensible (de la Jara Morales, 2018, p.49).

De este modo, encontraríamos en el juego un primer indicio de cómo el adultocentrismo va tomando control de nuestra forma de pensar el mundo, pues al ir transitando hacia la adultez se pierde el juego, el mandato social nos exige trabajar en vez de jugar, perdiendo de a poco la dimensión sensible y creativa, centrándola mayoritariamente en la razón. Y en este sentido podríamos decir que en la medida que vamos creciendo nos vamos dando cuenta de que el jugar y sentir no son acciones que tengan un valor significativo en el mundo de la adultez, sino que por el contrario, son muy mal vistas. Esto podría estar dado por el hecho de que, para el adulto, el juego no es una actividad ni productiva ni rentable para el actual sistema económico.

Así, concibo adultocentrismo como un sistema de dominación que se fortalece en los modos materiales capitalistas de organización social. No es que antes del capitalismo no existiera, sino que, como ya señalé, este modo de producción se sirve de dicho sistema para su reelaboración continua en lo económico y político (Duarte, 2015, p.92).

Tal cual como nos comenta Duarte, el adultocentrismo y el capitalismo dirigen sus fuerzas hacia el mismo lado, cada uno bajo sus propios medios.

Conciben fines similares, por lo que no es absurdo pensar que muchas veces podrán encontrarse, entremezcladas, formas de dominio que respondan o al adultocentrismo o al capitalismo, dejando en una clara desventaja a la niñez, y, por consiguiente, a la infancia.

Queda entonces seguir explorando la relación de dominio entre la adultez y la infancia, recordando que la infancia trasciende la niñez (Kohan, 2015), y que, por consiguiente, no se rige por los parámetros biológicos propios de una determinada edad. Y es que si queremos encontrar otro aspecto donde la infancia se vea vulnerada por el adultocentrismo debemos buscar en sitios que no solo tengan un carácter biológico, sino también político-cultural, pues es ahí donde también el pensar y hacer humano adquieren un carácter que trasciende el tiempo. De este modo, podemos encontrar que en la experiencia, es decir, en la capacidad de ir acumulando y aplicando el conocimiento que adquirimos a lo largo de nuestra vida, podemos hallar un punto importante para seguir desarrollando la idea sobre cómo el adultocentrismo somete constantemente a la infancia a su dominio de acciones.

La experiencia, si bien pertenece y transcurre en el campo de lo biológico, y que por lo tanto también afecta directamente a la niñez, tiene, de igual modo, un uso político, es decir, un uso para influenciar el comportamiento de un grupo social a través del tiempo. Ciertamente la experiencia es un fenómeno de un valor inconmensurable, ya que, en gran medida, nos ha permitido avanzar como humanidad. De hecho, parecería raro hablar de progreso sin experiencia, o de experiencia sin progreso. Y aquí nace un desafío: la relación adulto-experiencia-infancia, la que justamente viene de lo

vivido por quienes ya están en la adultez, quienes además buscan que sea replicado por las generaciones más jóvenes.

Los adultos, como modelos, tienen influencia sobre el desarrollo y el comportamiento infantil y estas experiencias marcan la pauta para el comportamiento en su vida posterior, por ejemplo, aquellos niños/niñas que han tenido una relación de apego y seguridad con sus padres probablemente desarrollarán con sus compañeros y con los profesores relaciones marcadas por el afecto y la seguridad, y si por el contrario, las relaciones infantiles se enmarcan en un clima de inseguridad y desconfianza, estas estarán factiblemente en sus relaciones futuras (Jaramillo, 2007, p.117).

Es importante aclarar que, si bien la lectura de "modelo y pauta" podría tener una lectura adultocéntrica, pues el adulto sigue siendo quien presenta las lógicas sobre las cuales se desarrollará la niñez y la infancia, el problema está cuando se confunde y sobrepone la voluntad del adulto por sobre la de la infancia, negando la propia experiencia de esta. Y es que el adultocentrismo intenta continuamente monopolizar la experiencia para ejercer dominio sobre los seres que no la posean al mismo nivel que él. Esto dará como resultado que para el adulto que esté sometido al sistema actual de producción capitalista, la experiencia que le transfiera a la infancia, tendrá una afinidad directa con un modo específico de convivencia basada en la dominación y sometimiento de uno sobre otro.

La máscara del adulto se llama "experiencia". Es inexpresiva, impenetrable, siempre igual; ese adulto ya lo ha experimentado todo: la juventud, los ideales, las esperanzas, la mujer. Todo era ilusión. A menudo nos sentimos intimidados o amargados. Quizás ese adulto tenga razón. ¿Qué podemos contestarle? Nosotros aún no hemos experimentado nada (Benjamin, 1989, p.41).

Así, las experiencias, que transcurren en el cuerpo -tanto de la adultez como la niñez- dejarán en niños y niñas una serie de consecuencias que es posible identificar.

La primera y más palpable es la imposición de una verdad subjetiva que aparenta y se percibe a ella misma como objetiva, pues la infancia al estar contenida en un ser recién llegado a este mundo, a saber, la niñez, claramente posee una cantidad considerablemente menor de experiencia, y esto a su vez, deja al adulto en una posición considerablemente más ventajosa, pues tal como sabemos, la acumulación de conocimiento está directamente relacionada con el poder que un sujeto pueda ejercer (Tirado & Mora, 2002).

Nos encontramos de este modo con dos situaciones que reflejan la dinámica de dominación por parte del adultocentrismo hacia la infancia: primero, tenemos la tensión que existe entre el adultocentrismo y el juego, en que se busca censurar la expresión de emociones y aumentar la productividad del sujeto, el adultocentrismo estará constantemente direccionando la infancia hacia un cese de las actividades de este tipo, al mismo tiempo que (y aquí el segundo punto), esto es sustentado en la experiencia que el adulto en general

posee, pues la utilizará para convencer a la infancia de alejarse de dichas actividades por no ser útiles para su vida en sociedad. En este contexto no sería difícil seguir enumerando situaciones en las que podamos encontrar medios, manifestaciones, dinámicas de dominio por parte del adultocentrismo hacia la infancia, aunque existe un lugar donde todas ellas convergen: el colegio. La escuela viene a ser la consolidación del adultocentrismo como medio para controlar y educar.

La intencionalidad formadora de la escuela se ha reconocido en forma creciente: ya los profesionales de la educación afirman, de forma explícita, que se interesan, sobre todo, por la “formación” de sus visitantes; que la escuela se propone no sólo, o no especialmente, transmitir conocimientos sino, más que nada, formar personas, producir cierto tipo de subjetividades (Kohan, 2002, p.88-89).

Al poner en manifiesto que la consolidación de la escuela viene a ser un reflejo de la intencionalidad evidente del adultocentrismo por seguir replicando lógicas jerárquicas de socialización donde los de más arriba tendrán más, queda entonces preguntarnos por las dinámicas propias de la escuela en las que podemos ver reflejado el poder que ejerce el adultocentrismo sobre la infancia. Walter Kohan, en su libro, “Infancia, entre educación y filosofía” (2002) nos presentará una serie de dinámicas bajo las cuales la escuela se mueve, y que son claras manifestaciones de autoritarismo, medio que será utilizado para disciplinar al sujeto, lo que constituye una de las ideas fundacionales de la

escuela. La disciplina constituye el eje de la formación del individuo (Kohan, 2002), y traerá como consecuencia directa la pérdida de la infancia. Este punto es de suma importancia, pues refleja la manera en la que el adultocentrismo va sometiendo de manera gradual, a lo largo del tiempo, a la infancia a su propio sistema de dominio. Ahora bien, este adoctrinamiento tomará diferentes formas en la escuela. La primera y más evidente es el examen, en la escuela se está constantemente examinando (Foucault, 1976), pues se necesita que los sujetos inmersos en ella obtengan ciertas directrices pertinentes al sistema adultocéntrico de convivencia. Kohan nos comentará que, al profundizar con las dinámicas referentes a este tema, nos encontramos con que el examen básicamente a lo largo de nuestro pasar por la escuela, nos objetará sistemáticamente, a través de, primero, la constante vigilancia que ocurre en la escuela; segundo, el llevar un registro metódico de nuestra estancia en ese lugar; y tercero, que todas las acciones pueden ser clasificadas en estándares previamente establecidos. De este modo:

El examen se halla en el centro de los procedimientos que constituyen al individuo como objeto y efecto de poder, como efecto y objeto de saber. Es el que, combinando vigilancia jerárquica y sanción normalizadora, garantiza las grandes funciones disciplinarias de distribución y de clasificación, de extracción máxima de las fuerzas y del tiempo, de acumulación genética continua, de fabricación de la individualidad celular, orgánica, genética y combinatoria. Con él se ritualizan esas disciplinas que se pueden caracterizar con una palabra diciendo que son una modalidad de

poder para el que la diferencia individual es pertinente (Foucault, 1976, p.178).

En conjunto con el examen como método regularizador podemos encontrar otras áreas donde la escuela también ejercerá su papel de ente disciplinador. Un ejemplo es la regularización de las formas de comunicación (Kohan, 2002), las cuales versan sobre el cómo y bajo qué normas se deben dar las interacciones verbales en la escuela, siendo castigadas aquellas personas que las incumplan.

De este modo queda de manifiesto la manera sistemática en que el adultocentrismo somete a la niñez y a la infancia. Dentro de la escuela podemos encontrar conceptos dinámicos basadas en vigilar, disciplinar, regular, obedecer, las cuales toman vital relevancia dentro de esta institución, pues es a través de ellos que la infancia se va perdiendo, cediendo de este modo espacio a una forma de relacionarse basado en la competencia e individualidad. Niñez e infancia, ambas características del sujeto son atravesadas por el colegio, generando de este modo una doble herida, pues somete el cuerpo de la niñez a un determinado modo de ser condicionándolo para que, si es varón, sea un replicante del sistema de dominación, y si es mujer, se someta al sistema de dominación patriarcal; y al mismo tiempo que sepulta en olvido aquella capacidad inherente de la infancia de abrirse a nuevas formas de entender el mundo, tal que no quede duda ni espacio para la posibilidad de pensar en cambiar el actual entramado de relaciones violentas que se puedan dar entre los sujetos pertenecientes al sistema adultocéntrico.

Conclusiones

El estudio sobre cómo la violencia se encarga de direccionar la historia humana es del todo necesario, pues a lo largo de esta investigación se puede dar cuenta de que, en primer lugar, es un fenómeno que ha trascendido de una manera tan constante el hacer humano, que podemos fácilmente pensar en ella como un modo natural de ser de hombres y mujeres.

También es posible constatar los peligros en esta manera de pensar. En este punto, se vuelve innegable la necesidad de un trabajo personal e introspectivo, con el fin de reflexionar sobre cuán naturalizada tenemos la violencia. De este modo, el hacer filosófico toma un rol fundamental, pues a través de la reflexión sistemática y ordenada es que podemos ir dando cuenta de las violencias normalizadas en nosotras y nosotros, y así, y luego de plantear las consecuencias filosóficas que el fenómeno de la violencia genera en niños y niñas, y cómo se reproducen en la niñez prácticas heredadas de dinámicas sociales adultocéntricas que perpetúa el sistema patriarcal, podemos concluir una serie de hechos que resultan necesarios tener en consideración para posteriores estudios: primero que todo, queda demostrado que efectivamente hay un abuso sistemático e histórico por un tipo de sujeto adulto que basa su existencia y convivencia con otros seres en la vigilancia, dominación y sometimiento violento (Foucault, 1976), y quien no reconoce al otro como igual. Una segunda conclusión es que este sujeto puede ser perfectamente identificable como un varón adulto, de mediana edad, pues en él se encarna la idea de perfección que se arrastra desde la época antigua, el

momento exacto en que no se es ni viejo ni tampoco niño (Duarte, 2015). Sumado a esto, es importante destacar la naturalización de la violencia adultocéntrica, tema central de esta tesis, pues esta contribuye de manera clara a que el problema tenga menos visibilidad de la que realmente necesita. Esto traerá como consecuencia que las diferentes formas de violencia que se encarnan en la niñez no sean lo suficientemente explícitas como para poder reflexionar sobre ellas fácilmente. Así, lo realmente sorprendente no es solo que confluyan dentro de un mismo cuerpo muchos tipos de violencia, sino que al momento de buscar alguna explicación sobre el causante de esto, nos encontremos con una imagen un tanto difusa, ya que aunque seamos capaces de identificar al causante de la violencia hacia la niñez como un adulto varón promedio, esto no es suficiente como para poder erradicar el problema, pues tanto ha calado en nosotros y nosotras este tipo de violencia, transformándose en un problema estructural que trasciende a este sujeto varón patriarcal, para posicionarse dentro de las escuelas, que funcionan como centros de formación de un tipo específico de subjetividad del todo coherente con el actual sistema socio-económico (Kohan, 2002), y que, sin lugar a dudas, complementa las dinámicas adultocéntricas bajo las que día a día nos desenvolvemos.

Cabe mencionar, dicho sea de paso, que si bien las relaciones adultocéntricas, tal cual como se comenta en el tercer capítulo de esta tesis, tienen un estrecho vínculo con el sistema económico capitalista (Duarte, 2015), no debemos creer que esta relación entre adultocentrismo y capitalismo sea condicionante entre ambos, pues se podría pensar que erradicando a uno, se eliminaría al otro, y esto no se puede afirmar de manera tan tajante, dado que al ser distintos tipos de sistemas, pueden perfectamente acomodarse a la

desaparición del otro. Dicho de otra manera, puede existir un mundo capitalista sin adultocentrismo, como también podrían haber relaciones adultocéntricas en un mundo no necesariamente capitalista.

Por otro lado, tenemos el eje central de esta investigación, que es el estudio de la infancia como concepto y en relación a la violencia adultocéntrica, fenómeno que nace y convive con la niñez, pero que no se rige por los mismos márgenes. La tarea de lograr diferenciar la niñez de la infancia tiene sus dificultades, y trae consigo el problema de no entender las consecuencias filosóficas que trae la violencia adultocéntrica en la infancia. Se hace mucho más difícil de percibir, y, por lo tanto, será mucha problemática su superación.

La dificultad de esto radica en dos cosas: la primera, que el estudio de la niñez y la infancia son relativamente nuevos, debemos pensar que el primer trabajo al respecto se hizo a finales del siglo XX, y en él, solo se trabajó el concepto de niñez, es decir, el estudio del sujeto respecto a su edad, cuerpo y función dentro de la sociedad, por lo que el pensar en la infancia, como algo diferente a lo que es ser niño o niña es aún terreno bastante fértil para nuevas reflexiones.

En segundo lugar, nos encontramos con la dificultad de entender precisamente qué es la infancia, la que deberíamos identificar como una voluntad de ser en el mundo, un modo de desenvolverse y expresarse con uno mismo o con otras personas basándose en el respeto mutuo, pues para la infancia todo es nuevo, de todo se puede aprender y reflexionar, y, por lo tanto, todo es valioso. Entendida así la infancia, se hace inevitable la semejanza con ciertas áreas del conocimiento, como las ciencias y la misma filosofía, donde las personas tienen que estar siempre abiertas a las posibilidades, pues en

ellas se haya conocimiento nuevo. Por otro lado, producto de este entrecruce que podemos hacer entre la infancia y el quehacer filosófico que practicamos adultos y adultas, se hace necesaria la aclaración de que la infancia es una forma de presentarse al mundo, y que no responde a la temporalidad que posee la niñez, pues tal como se expuso a lo largo de esta tesis, son conceptos diferentes expresados en el sujeto. La infancia es atemporal, no responde a una edad en específico, sino a una capacidad propia del ser humano.

De este modo el principal problema de esta tesis puede ser entonces presentado, a saber, sobre cómo conviven el fenómeno de la violencia tanto en la niñez como la infancia y si esto traería algún tipo de consecuencia filosófica. Así, tal como dijimos, la violencia adultocéntrica está en concordancia con el sistema capitalista, y se ha encargado de someter a la niñez a un ritmo de producción y de estilo de vida que sea acorde con lo que ese tipo de sociedad necesita, tal como se hizo en épocas pasadas. Hemos visto cómo a lo largo de la historia que forjan los adultos, están constantemente imponiendo su voluntad a niños y niñas, quienes han sido víctimas de abandono, asesinato, trabajos forzados y esclavitud.

Esto ciertamente ha ido cambiando y esperamos siga así. Pero a pesar de que ya no se matan bebés por decisión del padre como en la antigua Roma y que al día de hoy hay cambios notorios que hablan de una real preocupación por niños y niñas, eso no nos asegura nada, pues los índices de maltrato hacia la niñez aún son muy altos.

También tenemos que hacer el mismo ejercicio sobre el fenómeno de la violencia adultocéntrica, pero esta vez aplicado a la infancia. Lo primero que cabe destacar de esto, es que el principal efecto sobre la infancia es el cese de

esta misma, pues para el adultocentrismo ella representa una etapa que debe ser superada, sometiéndose así a una temporalidad que no le acomoda, y que terminará por negarla completamente. Una buena forma de ejemplificar esto es a través del juego. El juego para la infancia es un momento donde todo es posible, y donde el tiempo es entendido de otra manera, pues bien, en la medida que el adultocentrismo vaya sometiendo a la niñez a dejar de jugar para comenzar a trabajar negando el desarrollo de sus necesidades propias, la infancia también se verá profundamente negada por este hecho.

Este es el contexto en el que surge la siguiente pregunta: ¿Hay alguna forma, entonces, de generar un foco de resistencia respecto a la avanzada del adultocentrismo? Todavía hay mucho por hacer, pero esto debe significar que, en primer lugar, debemos ser capaces de recuperar y conectarnos con nuestra propia infancia, escenario absolutamente posible dada la atemporalidad de la infancia. Pero el haber vivido sistemáticamente una serie de procesos donde esta fue negada, es normal pensar que es un modo de ser que perdimos, más sépase que nunca es tarde para volver al ejercicio de sentir el mundo como cuando éramos niños y niñas. Esto no debe confundirse con un ilusorio regreso a la niñez, sino que es una invitación a quitarse las anteojeras que nos impuso un modelo de ser que niega a niños, niñas, mujeres, ancianos, ancianas, y a todo aquello que no pertenezca a un determinado grupo de hombres patriarcales, con el fin de mirar el mundo con nuestros propios ojos, y ser un aporte para que más adultos y adultas rompan con las lógicas adultocéntricas de convivencia, y de este modo, todos y todas podamos vivir mejor, no solo niños y niñas, sino también todo el resto de seres que sufrimos constantemente con el abuso de un sistema opresor que niega existencias divergentes.

Bibliografía

Agamben, G. (2007). *Infancia e historia, destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Adriana Hidalgo editora.

Alzate Piedrahita, M. (2003). *La infancia: concepciones y perspectivas*. Editorial Papiro.

Arendt, H. (1970). *Sobre la violencia*. Alianza Editorial, S. A., Madrid

Comentado [IMNC(2): Faltan los datos editoriales

Arendt, H. (2008). *Entre el pasado y el futuro, Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Partido de la Revolución Democrática, México.

Comentado [IMNC(3): Datos editoriales: lugar y editorial

Ariès, P. (1986). *La infancia*. *Revista de educación*, 281, 5-17.

Benjamin, W. (1989). *Escritos. Nueva visión*. Buenos Aires.

Comentado [IMNC(4): Falta lugar

Bustelo Graffigna, E. (2005). *Infancia en indefensión*. *Salud colectiva*, 1, 253-284.

Ccorahua Hall, J. D. (2019). "Violencia infantil contra los niños de entre 8 a 12 años que estudian en la Institución Educativa de Primaria y Secundaria" N°60073 de Sinchicuy, Iquitos, 2019.

de la Jara Morales, I. (2018). "Adultocentrismo y género como formas negadoras de la cultura infantil". *Revista Saberes Educativos*, (1), 47-67.

Duarte Quapper, C. (2015). *El adultocentrismo como paradigma y sistema de dominio. Análisis de la reproducción de imaginarios en la investigación social chilena sobre lo juvenil* (Doctoral dissertation, Universitat Autònoma de Barcelona).

Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Editorial Siglo Veintiuno, Argentina

Foucault, M. (1996). *El sujeto y el poder*. *Revista de Ciencias Sociales*, v. 11, n. 12, pp. 7-19

Grau, O. (2010). *La concepción de la infancia en el programa de Filosofía para Niños del filósofo Matthew Lipman*. Olga Grau, Juan Pablo Álvarez, Isolda Núñez (eds.).

Iribarne, G. (2012). "El concepto de" violencia" en la genealogía de la moral de F. Nietzsche". Universidad Nacional del Nordeste, Argentina

Jaramillo, L. (2007). "Concepciones de infancia". *Zona próxima*, Colombia (8), 108-123.

- Kohan, W. (2003). *Infancia. Entre Educación y Filosofía*. Laertes. S.A, de Ediciones. Barcelona, España.
- Kohan, W. (2007). *Infancia, política y pensamiento Ensayos de filosofía y educación*. Del estante.
- Kohan, W. (2015). *Entrevista*. En J. P. Álvarez, & C. Gutiérrez, *Filosofía y educación* (págs. 199-213).
- Larrosa, J., Diaz, M., Donald, J., Hunter, I., Varela, J., & Walkerdine, V. (1995). *Escuela, poder y subjetivación* (pp. 259-329). Madrid: La piqueta.
- Le Breton, D. (1999). *Las pasiones ordinarias, antropología de las emociones*. Nueva Visión.
- Miranda, J., Cortés, C., & Vera, J. (2017). *Infancia, palabra y silencio: Aproximación desde una perspectiva constructivista*. *Psicoperspectivas*, 16(1), 91-104.
- Retamal, C. (2008). "Consideraciones sobre poder y dominación en la formación de la subjetividad moderna". *Universum (Talca)*, 23(2), 166-183.
- Rosler, A. (2016). *Aristóteles sobre la guerra: Un discurso olvidado. El arco y la lira. Tensiones y Debates*, (4), 45-54.
- Soto, R. M. (2003). "Escuela y poder: un enfoque contestatario". *Revista Ensayos Pedagógicos*, 2(1), 39-56.
- Tirado, F. J., & Mora, M. (2002). "El espacio y el poder: Michel Foucault y la crítica de la historia. *Espiral Estudios sobre Estado y sociedad*" (eISSN: 2594-021X), 9(25).
- UNICEF. (2006). *Convención sobre los Derechos del Niño*.
- UNICEF. (2017). *La primera infancia importa para cada niño*. Timothy J, Dewerff, Anita Palathingal.

